



Informe sobre mis viajes al alto río Negro y al Caquetá en los años 1903-1905*

POR EL DR. THEODOR KOCH-GRÜNBERG EN BERLÍN¹

Página anterior:

Bailarines tukanos con escudos
y lanzas-sonajero. Río Tiquié.

Abstract: First spanish translation of the lecture given in 1905 by the German philologist and ethnographer Theodor Koch-Grünberg (1872-1924), about his travels of 1903-1905 to the rivers of the Rio Negro and Vaupés basins (Isana, Aiarí, Curicuriarí, Tiquié, Cuduiarí) and the Caquetá basin (Pirá-Paraná, Apaporis) in the Brazil west and in south Colombia. Description of Arawak and eastern Tukanoan Indian communities, among which he collected ethnographic material for the Museum Für Völkerkunde of Berlin.

Mi viaje a Suramérica, realizado en los años 1903-1905, por encargo del Königl. Museum für Völkerkunde (Museo Real de Etnología³) perseguía ante todo fines etnológicos y tuvo como objetivo la esquina noroeste de Brasil, las regiones del alto río Negro y el Yapurá, allí donde se encuentran las tres naciones: Colombia, Venezuela y Brasil.

Fotografías de Th. Koch-Grünberg. Archivo familiar Koch-Grünberg y Archivo Fotográfico Museo Estatal de Etnología de Múnich (Staatliches Museum für Völkerkunde). Las imágenes no son necesariamente las que acompañaron la edición original de este artículo.

* En esta conferencia, dictada en la plenaria de la Sociedad Geográfica de Berlín en diciembre de 1905, Koch-Grünberg presentó una síntesis de su viaje por la región del río Negro-Caquetá, que fue publicada en 1906 en Berlín en la revista de dicha sociedad². Este fue el viaje del etnógrafo alemán de mayor importancia para el conocimiento de los grupos indígenas que habitaron y habitan las regiones del Vaupés y del Caquetá en territorio colombiano. Aunque en su texto el autor hizo énfasis en los aspectos geográficos más que en los antropológicos, es sin embargo de utilidad para la aproximación a la obra del gran etnógrafo y filólogo alemán, autor de «Dos años entre los indígenas», recientemente traducido al español.

sigue

Después de que hube pagado en Manaus mi tributo al terrible clima donde caí gravemente enfermo, víctima de una especie de fiebre amarilla, pude al fin, el 1 de julio de 1903, iniciar en un pequeño vapor brasilero mi viaje río Negro arriba. Había logrado conseguir en Manaus un buen servidor, Otto Schmidt de Victoria en Espíritu Santo, de padres alemanes provenientes de Pomerania, quien fue para mí un fiel camarada y un muy útil acompañante durante los dos años siguientes.

El viaje por el río Negro es maravilloso. Es un poderoso río, tan ancho a ratos que recuerda el mar, lleno de islas alargadas que pocas veces permiten ver ambas orillas al tiempo. Un pronunciado ensanche del río, a pocos días de navegación arriba de Manaus, es denominado por los indígenas «boíauasú», «gran culebra». El que se aventura en una pequeña canoa por el intrincado laberinto de las islas, sin conocer las rutas, se expone a un gran peligro, ya que muy pocas están habitadas.

Una vegetación espléndida cautiva la vista con sus cambiantes y variadas tonalidades de verde. Aquí y allá se abre la misteriosa desembocadura de un afluente en la continuada e impenetrable pared de la orilla. Se presenta un fenómeno curioso, como me aseguraron varias veces, y es que en los afluentes de la margen izquierda, que por lo general son de aguas blancas, como por ejemplo el río Branco y el Padauré, entre otros, ataca una malaria terrible, mientras que los afluentes de la margen dere-

cha, de aguas negras, son absolutamente sanos. Durante todo el viaje permanece uno libre de mosquitos.

El aire es fresco y saludable. Mientras más subimos y mientras más se estrechan las orillas, más encantador se torna el viaje. Viviendas aisladas, aseadas casitas claras de los pocos colonos blancos o en la mayoría de los casos auténticas chozas indígenas de palma, medio escondidas bajo el verde de las anchas hojas de los bananos, se levantan contra el fondo oscuro de la selva, produciendo un contraste impresionante. Esbeltas canoas, ocupadas por seis y más personas, viajan con rapidez río arriba.

Poco a poco aparecen a la derecha cadenas de montañas azules entre ellas la mítica sierra de Curicuriarí, con una cima puntiaguda e inclinada, la cual visité casi un año más tarde.

En los siguientes días pasamos varios rápidos nada peligrosos, y sin embargo nuestra vieja máquina sólo pudo cruzarlos con mucho esfuerzo y a todo vapor. El 10 de julio llegamos finalmente a Trindade, un villorrio con pocas casas, prácticamente indígena, punto final de la navegación con barcos a vapor en esa región. Un poco más adelante de este asentamiento empiezan los terribles rápidos del río Negro, que sólo se pueden cruzar en canoas con remos.

El 23 de julio partí de Trindade en una canoa que me había conseguido el superintendente de este distrito, pero la tuve que abandonar al día siguiente con todo mi equipaje, ya que se averió bastante en un rápido. Tuvimos que pasar los siguientes 14 días alojados en un miserable cober­tizo indígena, abierto por los cuatro lados, expuestos todas las noches a las torrenciales tormentas tropicales.

Finalmente pude alquilar una nueva canoa, recurriendo a la población circundante, y el 10 de agosto llegamos a la pequeña ciudad de São Gabriel, ubicada en medio de los rápidos. La llamada ciudad constaba de media docena de casas medio caídas, no tenía casi habitantes y era sin embargo la sede del gobierno, del superintendente.

Iría demasiado lejos, si intentara familiarizarlos con todas las estaciones que voluntaria o involuntariamente conocí de cerca. Baste saber que la «paciencia» brasilera jugó un gran papel en el comienzo de mi viaje y que me alegré cuando el 22 de Agosto llegué finalmente a São Felipe, mi meta por el momento. Una afortunada estrella me llevó a elegir este pequeño asentamiento como punto de partida para mis próximas empresas, ya que el dueño de esta ordenada comunidad, mi estimado amigo don Germano Garrido y Otero, nacido en el norte de España, quien había logrado rescatar un poquito de verdadera cultura en esta indómita región, estuvo en todo momento de palabra y de hecho a mi lado, de manera que el éxito de este viaje se lo debo en gran parte a él. Siempre le guardaré el más agradecido de mis recuerdos.

En la traducción se optó por conservar la ortografía del original en los nombres de lugares y de grupos indígenas, por considerarla de interés histórico.

María Mercedes Ortiz

1 Traducido por María Mercedes Ortiz y revisado por María Estela González de Pérez.

2 Koch-Grünberg, Theodor. 1906 «Bericht über seine Reise am oberen río Negro und Yapurá in den Jahren 1903-1905». En: *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*. 1906. 80-101 + Karte.

3 Se trata del actual Museo Etnológico (*Museum für Völkerkunde*) de Berlín en Dahlem, donde se encuentran en muy buen estado de conservación las colecciones traídas por Koch-Grünberg en este viaje y del Roraima-Orinoco entre 1911 y 1913. La mayoría de las fichas que acompañan cada objeto fueron elaboradas de su puño y letra y muchas de ellas van acompañadas de dibujos con los diseños que adornan los objetos. Son 747 objetos provenientes de los siguientes grupos: Suisi del río Aiary (108 objetos), Caua del Aiary (106), Katapolitani del Isana (71), Cubeo del Cuduiary (140), Tuyuka del alto Tiquié (50), Desana del tiquié (10), Bará del Tiquié (13), Tukano del Tiquié (167), Hianakóto-Umáua del río Macayá (8), Ofaina del río Apaporis (13), Yahúna del bajo Apaporis (35) y Buhágana del Pirá-Paraná (4). N del T.

Pude aprovechar maravillosamente las siguientes semanas en São Felipe con estudios de indígenas de diferentes grupos. Don Germano tiene varios cientos de indígenas a su servicio, a quienes gobierna con rigor patriarcal. Se le puede considerar el dueño de toda esta región, sin cuya aceptación no es posible penetrar en los afluentes.

El primer viaje que emprendí desde aquí tenía como objetivo el río Içána —un río muy importante que desemboca arriba de São Felipe en el río Negro— para investigar a los indígenas del grupo Aruak allí asentados, quienes se destacan por la elaboración de una cerámica muy desarrollada.

Este río se caracteriza también por poderosos rápidos, entre los cuales el de Tunuhý es uno de los más importantes y peligrosos. Le da origen la pintoresca sierra de Tunuhý, que encajona aquí al río entre escarpadas paredes rocosas. El río se precipita con estrépito en una especie de embudo, formando peligrosos remolinos. Tuvimos que recurrir a todo nuestro cuidado y apelar a todas nuestras fuerzas para lograr pasar con la ayuda de los indígenas nuestra canoa por este rápido; pocos días después nos dirigimos al río Aiarý, un afluente por la margen derecha, en donde logramos conocer a los indígenas en toda su autenticidad.

Pronto hicimos amistad con esta bondadosa gentecita y tuvimos una estadía muy interesante entre ellos. Me fue posible adquirir aquí una colección muy rica en elementos de las danzas y en utensilios domésticos, que ilustran muy bien la cultura propia de estos grupos Aruak. En compañía de su jefe principal viajamos de pueblo en pueblo, siendo acogidos con gran amabilidad en todas las limpias y bien construidas casas colectivas, hasta llegar a la rugiente cachivera de Yakaré, que constituye al mismo tiempo el límite de la región habitada.

Es una imponente catarata de aproximadamente 10 metros de altura con varias caídas. La blanca espuma salpica bien alto y asciende como un fino rocío; retumba el rugido de las aguas (fig. 7). En las rocas al pie de la catarata se ven innumerables grabados de tiempos antiguos que representan pájaros, cuadrúpedos, ranas, tortugas y seres humanos que volvemos a encontrar en los utensilios domésticos de los actuales indígenas, y que provienen indudablemente de sus antepasados. Un poco más abajo de este punto, emprendí con algunos indígenas un viaje por tierra hacia el río Uaupés⁴, siguiendo un angosto sendero a través de la selva, que se acerca aquí notablemente a la cuenca del Yapurá. Mientras tanto envié a mis servidores río arriba con el equipaje. Sólo gastamos tres horas y media en el recorrido, caminando, claro está a paso indígena, descontando las pausas de descanso. Durante el viaje cruzamos la divisoria de aguas, una pequeña elevación de máximo cien metros de altura.

Al principio fuimos recibidos con desconfianza, ya que nunca había llegado un blanco por ese lado, pero logré ganarme en poco tiempo la confianza de la numerosa población indígena que allí habitaba. Con su

⁴ Este río recibe casi siempre en la región que visité el nombre de Caiarý y por tal motivo lleva en el mapa adjunto el nombre de río Caiarý-Uaupés.

ayuda logré cruzar un buen número de bravíos rápidos —el Vaupés en su totalidad está constituido, por así decirlo, por una catarata continua— y abajo de la gran cachivera de Carurú retorné en un día y medio al Aiarý por otro sendero indígena. El 8 de enero de 1904 regresamos sanos y salvos a São Felipe.

Descansé allí solamente el tiempo necesario para contestar mi correspondencia y empacar mi colección, la cual fue transportada por mensajeros de don Germano río arriba hasta el vapor. El 7 de febrero partí nuevamente de São Felipe con el fin de visitar la mítica sierra de Curicuriarý.

Cruzamos los rápidos del río Negro y seguimos el río Curicuriarý y un pequeño afluente por la margen derecha, que según mis indígenas debía venir de las montañas, hasta un sendero indígena.

Caminamos por éste hasta que se perdió en la selva y después nos abrimos paso a empujones por entre la espesa maleza. Finalmente logramos llegar al vallecito del pequeño arroyo y al pie de la sierra. Encontramos una vegetación completamente diferente, indómita y de una verdadera exuberancia tropical. Frondosos árboles, de una altura nunca vista, cuyos troncos, rectos como cirios, se elevaban aparentemente hasta el infinito. En la base de los troncos, de circunferencia casi californiana, corren altas raíces hacia todos los lados, por encima de las cuales hay que pasar con gran esfuerzo. Filodendros de anchas hojas y otros parásitos trepan hacia las alturas por las altas palmeras de paschiuba que se agarran a la tierra por medio de innumerables raíces aéreas.

Las más variadas clases de orquídeas se han instalado en cualquier grieta de los árboles, en cualquier rama seca, en fin en cualquier lugar donde puedan encontrar algo de alimentación.

¡Cuántos tesoros botánicos esconderá este indómito y desconocido trópico! El suelo cubierto con follaje enmohecido exhala humedad; gigantescos árboles derribados y en descomposición cierran por doquier el camino.

Solamente con un gran esfuerzo, arrastrándose muchas veces por el suelo, es posible abrir, con la ayuda del machete, un sendero por entre este laberinto; a ello se añade el sofocante calor de invernadero debajo del denso techo de hojas a través del cual no penetran casi los rayos del sol. Se siente una gran opresión en el pecho.

Empezamos a subir la cuesta empinada de la montaña. La vegetación permanece igual. Al poco rato aparecen inmensas rocas que parecieran haber sido apiladas unas encima de otras por la mano de un gigante; en el medio proliferan altos helechos. Uno se hunde hasta las rodillas en el húmedo moho.

Al fin alcanzamos de nuevo el lecho del pequeño arroyo, nuestro fiel guía en esta marcha, que se precipita desde una inmensa altura, como una pequeña rueda hidráulica, en una estrecha chimenea.

Seguimos trepando en las alturas hasta que una pared rocosa, perpendicular y lisa, nos detiene en forma imperativa; pero el maravilloso panorama que se despliega aquí delante de nuestros ojos nos recompensa ampliamente de tanto esfuerzo y peligro. En el aire maravilloso y claro, la vista se pasea por las distancias infinitas, libre sobre la poderosa selva que se extiende delante de nosotros como un mar hasta el horizonte azul.

Los indígenas narran historias maravillosas sobre esta sierra. Dicen que en la cima hay una laguna que alimenta las corrientes de agua y una canoa de piedra de tiempos inmemoriales. El agua del arroyo que remontamos es de agua de lluvia. Las nubes chocan contra las escarpadas pendientes, originando una lluvia continua.

Se podría comparar esta cordillera con las montañas Roraima, de la Guayana británica, envuelta en leyendas, a la cual, según Schomburgk, los indios Arékuna cantan así:

*«Roraima, montaña rosada
envuelta en nubes
tú, eterna madre fértil de los ríos.»*

Después de un ascenso en extremo extenuante, en el cual casi pierdo a uno de mis hombres por el desprendimiento de una roca, continuamos la marcha por el tormentoso Curicuriarý arriba.

Los pocos indígenas establecidos allí son emigrantes del cercano Uaupés, Tukáno en su mayoría, que se han logrado salvar en estas indómitas soledades de los males de la llamada «civilización».

Indígenas de menor valor, en un estadio cultural muy primitivo, son los llamados Makú; deambulan por los bosques de la orilla derecha sin sitios fijos de vivienda, inestables y evasivos como animales salvajes; los grupos más desarrollados los odian y los persiguen.

Nos desviamos después por un afluente a la izquierda y lo seguimos hasta un sendero indígena por el cual logramos cruzar en dos días la divisoria de aguas de escasa altura y transportar nuestra canoa y nuestro equipaje hasta un pequeño afluente del Uaupés; el 6 de marzo alcanzamos este poderoso tributario del río Negro.

Le dedicamos los siguientes meses al río Tiquié, un afluente importante del Uaupés por la margen derecha, y a su numerosa población indígena libre. Aprendí muchas cosas nuevas y obtuve una colección grande y rica sobre todo en hermosos adornos de fiesta.



El 17 de abril partimos del gran pueblo Tukano situado en la cachivera Parí, hasta donde logró llegar el conde Stradelli en el año de 1881, y pasamos —con la canoa y el equipaje por tierra— varios poderosos rápidos que cierran el acceso al nacimiento. La cachivera Carurú, el más alto y pintoresco de estos rápidos, tiene quince y hasta más metros de altura. Los indígenas me contaron que las rocas caen de manera tan perpendicular y el choque de las olas es tan fuerte que bajo un determinado nivel de las aguas es posible caminar un largo trecho debajo de la catarata y llegar casi hasta la otra orilla sin mojarse.

Encontramos una cordial acogida en los pueblos de los indómitos Tuyúka. Participamos en varias fiestas grandes y el 10 de mayo continuamos nuestro viaje río arriba. El río se tornó rápidamente muy pequeño, en especial después del desagüe de un importante afluente por la margen izquierda, y se perdió finalmente en un típico bosque tropical de inundación, cuya exuberante vegetación y extraordinaria riqueza en orquídeas cautivarían el corazón de cualquier botánico. Avanzamos con lentitud y esfuerzo en nuestra ancha y pesada canoa.

Fuimos objeto de gran admiración entre los Bará, el último grupo del Tiquié, por ser los primeros blancos que veían. No tenían ni gallinas, ni pescado, ni bananos; sin embargo, «atendiendo más a la necesidad que al propio deseo», nos acostumbramos rápidamente a su comida algo peculiar: cazabe con caldo de ají, hormigas tostadas y un cucarrón con púas que se encontraba masivamente en las ramas del árbol Ingá.

Ya entre los Tuyúka había oído de la existencia de un sendero que utilizan los grupos de arriba para llegar hasta un afluente del Yapurá y mantener un activo comercio con los grupos allí asentados. El 18 de mayo me dirigí hacia allá con mis hombres y llegué el mismo día. Caminamos cincuenta minutos por un corto sendero indígena y cruzamos la divisoria de aguas de poca altura hasta un arroyo que, según los indígenas, tributa sus aguas blancas y claras al Yapurá. Una divisoria de aguas que se cruza en menos de una hora separa por lo tanto las cuencas de los dos poderosos ríos: el río Negro y el Yapurá.

Con las aguas blancas y negras se presenta una curiosa situación. Encontré corrientes de agua, separadas entre sí solamente por unos pocos cientos de metros, que corrían por la misma selva y por el mismo suelo, la una de aguas blancas, la otra de aguas negras. El agua del Tiquié, cuyo curso conocí en toda su extensión, cambia tres veces su color a causa de la afluencia de algunos ríos importantes, unos de aguas blancas lechosas, otros de aguas negras del color de la cerveza negra. Los indígenas dicen que las aguas negras son saludables, mientras que las blancas traen fiebres.

El 19 de mayo iniciamos el viaje de regreso por sobre el Tiquié y, deteniéndonos en los distintos pueblos indígenas, llegamos el 14 de junio a nuestro cuartel principal, São Felipe.

Me urgía ahora conocer mejor el Uaupés que ya había rozado en dos ocasiones. La población que habita en sus márgenes y que pertenece a los más variados grupos lingüísticos, como ya había podido constatar con distintos representantes en São Felipe, prometía fructíferos resultados etnológicos.

Ya que en julio no es aconsejable viajar por el Uaupés a causa del alto nivel de las aguas, aproveché la oportunidad de realizar un viaje de varios días en un bote venezolano hasta llegar al sitio de São Marcellino, en la desembocadura del río Xié, y llevar a cabo estudios lingüísticos con los grupos locales.

El 4 de agosto en un bote más grande, que había obtenido en el Tiquié, partimos rumbo al Uaupés con un equipaje calculado para medio año. Este poderoso río se desliza tranquilamente en su curso inferior donde tiene la anchura aproximada del Rin en Colonia. Sólo a los ocho días de viaje río arriba, en el poblado indígena de Ipanoré hasta donde lograron llegar en su tiempo Coudreau y Richard Payer, empiezan las verdaderas dificultades con una cadena continua de cataratas y saltos de agua.

Allí empieza a su vez la parte más interesante del viaje porque es la región de los indios libres que viven todavía según sus antiguos usos y costumbres. Tuvimos mucho trabajo en las cachiveras. A veces encontramos una barrera de piedra atravesada a lo largo del río, de manera que se necesitaba un piloto y unos remeros muy hábiles para conducir el pesado bote sobre las altas olas de la catarata casi hasta su caída y levantarlo allí, con todo cuidado y uniendo todas las fuerzas, por sobre las rocas para llevarlo a aguas tranquilas. Se cargaba de nuevo con rapidez el equipaje y se continuaba el viaje con frecuencia sólo unos pocos cientos de metros, hasta que un poderoso rugido nos indicaba un nuevo obstáculo. Los saltos de agua en los que la masa líquida en su totalidad se veía obligada a comprimirse por entre un estrecho canal, repleto de inmensos bloques de piedra, eran particularmente peligrosos. Allí hay que halar el bote hacia arriba con la ayuda de gruesas cuerdas de fibras de palma, tejidas artísticamente por los indígenas, mientras que un remero armado de un palo tiene que contenerlo continuamente para que la fuerza de la corriente no lo arroje y lo despedace contra las rocas. Sobre éstas se encontraban inmensas pilas de madera, restos de gigantes de la selva que, junto con las barrancas de la orilla, el río arrastra desde los nacimientos y deposita luego al bajar las aguas.

La pausa del mediodía era mucho más tranquila. Cada uno de mis remeros tenía un oficio determinado, del cual se habían apropiado estos inteligentes seres de manera tal que no había ninguna necesidad de darles órdenes. Uno arreglaba los pescados o la carne de monte, otro lavaba los platos, otros traían la leña, y pronto, en nuestro único caldero de hierro, hervía a borbotones sobre un alegre fuego el almuerzo colectivo. Mi servidor Otto Schmidt lo había preparado agradablemente con la ayu-

da de nuestro semi-civilizado guía a quien llamábamos el «Impresario» por la importancia que se daba.

Con frecuencia, cuando acampábamos en algún lugar difícil, aparecían en ligeras canoas los morenos visitantes para comerciar activamente con el blanco loco que pedía toda clase de cosas inútiles a cambio de deslumbrantes objetos de valor; los hombres iban desnudos, con excepción del taparrabos; las mujeres llevaban para celebrar el día faldas de algodón importado, pacotillas europeas que los grupos más alejados reciben a través del intercambio con los grupos de más abajo que sostienen una relación permanente con los blancos. Por lo general, en los grupos de arriba, las mujeres van completamente desnudas o con una faldita de corteza de árbol no mayor que el tamaño de una mano.



Koch-Grünberg con makunas, yabuyana y yahuna en el bajo Apaporis.
Archivo fotográfico de la familia Koch-Grünberg.

Los indígenas nos trajeron, además de alimentos como cazabe, piñas, pescados, carne de monte y otras cosas maravillosas, adornos, armas, objetos de uso diario y hachas de piedra, reliquias de sus padres, que en la generación actual han sido substituidas por hachas europeas. Ellos ya sabían por su teléfono natural las cosas que yo deseaba y conocían con exactitud mis precios. El amigo Schmidt, quien había adquirido una gran habilidad en este tipo de comercio, valoraba con ojo crítico todas las cosas y le pagaba a la buena gente con perlas, anzuelos, fósforos, cuchillos y otras cosas maravillosas de acuerdo al valor del correspondiente objeto.

Recibimos siempre una cordial ayuda por parte de los indígenas cuando se trataba de pasar los rápidos y cargar y descargar el equipaje. Jóvenes y viejos, sin que se lo hubiésemos exigido, realizaban servicios útiles a

cambio de una exigua recompensa. Hasta la más anciana abuela cargaba algo y el pequeño bebé, en brazos de su madre, recibía algún objeto ligero en su manita para ganarse así el agradecimiento del blanco. Nunca ningún indígena de los llamados salvajes me quitó algo de valor. Sufrí mi primer robo en un vapor brasilero, lleno de blancos, donde me sustrajeron un gigantesco arco con un grueso atado de flechas.

El constante cargar y descargar, el arrastre sobre las afiladas piedras —tuvimos que cruzar solamente en el Uaupés más de cuarenta peligrosas cataratas y rápidos— condujo a que el bote sufriera muchas averías y se llenara de huecos como un colador. Había entonces que llevarlo a tierra, tapar los huecos con una camisa vieja y luego ya se podía proseguir con el viaje. El 21 de Septiembre, después de muchos esfuerzos y peligros, llegamos finalmente a aguas tranquilas y entramos al Cuduiarý, un afluente del Uaupés por la margen izquierda, estrecho pero densamente poblado. Encontramos allí la más cordial acogida por parte de los Kobéua, un pueblo muy interesante por sus danzas con máscaras. Pasé días muy agradables y particularmente valiosos en lo que a mis estudios etnológicos se refiere en el mayor de sus poblados, Namokolíba, cerca a la desembocadura del Cuduiarý.

El 9 de octubre continuamos el viaje, remontando con nueve remeros de diferentes grupos el río principal. Los mayores rápidos habían terminado un poco abajo de la desembocadura del Cuduiarý, sólo había que cruzar algunos lugares que en comparación a los otros no ofrecían ya mayores dificultades. Cadenas de montañas de mediana altura, hermosamente onduladas, con imponentes rocas que sobresalen entre el verde de sus bosques, acompañan muy de cerca al río en ambos lados y proporcionan una agradable variedad que aumenta con las explicaciones de los remeros Kobéua para quienes el más allá de las almas de su grupo y la patria de sus demonios se encuentra en esas alturas azules y secretas.

Desafortunadamente los poblados indígenas escasean cada vez más, hasta que se acaban arriba de la imponente cachivera de Yuruparý. Este poderoso rápido que parece corresponder a los mayores rápidos del Tiquié y al de Arara-kuára en el Yapurá, ofrece un espectáculo maravilloso. La inmensa masa de agua se precipita hacia abajo con fragor de trueno, estrechamente encajonada entre las salientes rocosas, desde una altura de 20 metros. El líquido atomizado sube muy alto hacia el cielo como fino vapor, cubriendo todo el panorama como con un ligero velo.

Mis hombres no querían dormir en las rocas planas de la orilla izquierda, socavadas por las continuas embestidas de las olas, ya que hacía poco tiempo sus parientes habían matado allí, en justa venganza, a dos caucheros colombianos cuyas almas vagaban por el sitio como malos espíritus.

Huesos humanos con restos de carne, diseminados por las aves de rapaña, yacían todavía por doquier. En lo alto del cielo algunos buitres

trazaban majestuosos círculos, «la policía de sanidad suramericana» que siempre se encuentra donde hay cosas de este estilo para recoger. Ya que mis hombres no querían quedarse aquí, viajamos de nuevo por el torrente de agua y acampamos en la orilla derecha, separados de los fantasmas por el ancho del río. Al día siguiente vencimos con grandes dificultades este último y poderoso obstáculo, ante el cual tuvo que claudicar el conde Stradelli en su tiempo, y continuamos nuestro viaje por aguas mansas. Ya no había montañas en ninguna de las dos orillas. El río corre tranquilo con sus aguas blanquecinas y casi estancadas, cambiando alternadamente de rectas inacabables a curvas tan retorcidas que parecen retornar a sí mismas. Ambas orillas están expuestas a las inundaciones durante las crecientes y no son aptas para la agricultura. Por lo tanto arriba de este último rápido ya no se encuentran más indígenas sedentarios. Mis indígenas, acostumbrados al pesado trabajo en los rápidos, empezaron a pensar tonterías. A la monotonía de un viaje siempre igual, interrumpido sólo de vez en cuando por la caza y la pesca, se añadió la falta de harina de mandioca, alimento indispensable en los viajes. Varias veces mi sensata tripulación estuvo a punto de devolverse y solamente apelando a todas mis energías y exigiendo que se remara día y noche con pocas interrupciones, logramos llegar después de 10 días de un viaje extenuante a una barraca de caucheros colombianos.

Estos colombianos llegaron hace unos tres años del alto Ica y del Yapurá —cubriendo por agua y tierra dilatadas extensiones— hasta el alto Uaupés, con el fin de explotar allí los bosques de caucho. Sostienen constantes y sangrientas peleas con las tribus indómitas de la región, en particular con los Umáua, un grupo Caribe, y los Kobéua, y como suele suceder en la mayoría de los casos estos «portadores de la civilización» son los culpables. Sus actos vergonzosos y crueles —asesinato de indígenas, rapto y violación de mujeres y muchachas etc.— han ido generando entre la de por sí pacífica población indígena un odio ardiente que estalla a veces con sobrada justificación. Además de la matanza cometida por los Kobéua, que ya mencioné, habían tenido lugar poco antes de nuestro viaje varios encuentros entre ambas partes en estas cuencas superiores. Yo mismo tuve a mi servicio durante semanas enteras en este viaje a tres Umáuas, que se contaban entre mis mejores y más fieles hombres, y quienes habían asesinado hacia unos meses por venganza a varios colombianos en el alto Uaupés.

El gordo Kauflimu, quien era un amigo especial para mí, tenía una terrible cicatriz de esa pelea. Los caucheros habían asaltado y quemado su pueblo, asesinado a su padre y a otra gente y violado a su hija. Conocí a la hija seis meses después en un asentamiento de caucheros colombianos en el Yapurá. ¡Un cauchero se la había comprado a otro por un pantalón!

Yo ya había previsto que el encuentro con los caucheros, en el caso de que estos reconocieran a mis remeros, no iba a ser muy agradable y había

adoptado mis medidas. Con el fin de evitar cualquier accidente desagradable, permanecemos en el campamento sólo el tiempo estrictamente necesario.

Un corto trecho arriba de la barraca emprendimos el viaje de regreso y después de algunos días de abundantes privaciones llegamos de nuevo al Cuduiarý donde mis amigos los Kobéua. Obtuve con mi gente información detallada sobre la región del alto Uaupés y el Yapurá y sobre el nacimiento del primero, ya que ellos conocían bien estas regiones. Cuatro días de viaje arriba de la barraca de los caucheros, el río, que tiene allí todavía un ancho de 70 metros, se divide en dos brazos, uno de los cuales viene del occidente, aparentemente de la cordillera occidental de Colombia, y el otro del norte.

Se supone que el primero atraviesa en su curso superior grandes sabanas, a través de las cuales se puede llegar en un día a un afluente del alto Guaviare que es el mayor afluente por la margen izquierda del Orinoco. En antiguos tiempos los Umáua emprendían por esta ruta largos viajes con el fin de intercambiar productos con los grupos del alto Guaviare, entre los cuales mencionaron a los Guahibo, y tenían también contactos amistosos con los colombianos allí asentados. La irrupción de los caucheros parece haber roto aparentemente estas relaciones.

Como ya dijimos, en esta inmensa región, arriba de la cachivera de Yuruparý, no se encuentran indígenas sedentarios debido a las malas condiciones. En un río que suele ser sano, la malaria ataca arriba del rápido a causa del agua estancada, y desafortunadamente la experimenté en mi propio cuerpo.

Pero retornemos al Cuduiarý. Los Kobéua que allí habitan, me habían hablado mucho de grandes sabanas con grandes «casas de piedra» localizadas en el nacimiento de este río. Intuí de inmediato la existencia en estos parajes de maravillosas formaciones naturales. Resolví indagar al respecto y el 25 de noviembre partí con varios indígenas en una canoa ligera, dejando a Schmidt al cuidado del equipaje. Durante cinco fatigosos días seguimos el curso del río y encontramos una serie de rápidos, difíciles de atravesar por el bajo nivel de las aguas. Fuimos muy bien recibidos por los numerosos habitantes, muchos de los cuales no habían visto nunca un blanco, y llegamos finalmente al nacimiento del Cuduiarý que fluye como un pequeño arroyo de pocos metros por entre un denso túnel de follaje. El 29 de noviembre alcanzamos finalmente las sabanas que se extienden a la orilla derecha sobre una meseta. Curiosa escena, inusual para alguien que sólo ha visto la densa selva por largos meses. El área en su totalidad está cubierta con placas de piedra. Una vegetación escasa, que yo nunca había visto antes, lleva una existencia miserable en las grietas de las rocas, expuesta a los rayos del sol: árboles bajos y raquíticos, arbustos atrofiados con troncos puntiagudos en los extremos como un cigarro y gruesos hacia la mitad con un manojo de hojas duras en la

corona, aquí y allá una solitaria florecita de color. La mirada vaga sin obstáculos hasta las sierras del alto Uaupés, entre las que sobresale, envuelta en leyendas, Takú, la vivienda de los demonios, con sus escarpadas pendientes rocosas. No es una auténtica sabana sino más bien una estepa rala con matorrales, comparable al Cerradao, el «campo cerrado» de la altiplanicie de Matto Grosso con su vegetación achaparrada que conocí en el año de 1899, aunque en mi humilde opinión de lego el tipo de vegetación de aquí es muy distinto al de allá.

Continuamos avanzando por la altiplanicie candente por el sol, sobre la cual tiembla el aire a causa del intenso calor. Las fuerzas de la naturaleza han excavado sobre las placas rocosas innumerables hoyos y hoyitos con bordes salientes, como si hubieran sido producidos por el caer constante de una gota de agua, de manera que la marcha sobre estas púas ardientes no constituye precisamente uno de los placeres de la existencia. Llevamos ya media hora de camino cuando mi guía Kobéua dice al fin: «¡Allí hay una gran casa de piedra!». Al principio no veo nada, el suelo es plano como en cualquier parte, cubierto con numerosas lajas unas encima de otras. Nos arrastramos por una maleza espesa hasta una hendidura baja que aparece en la negra oscuridad, cerca al suelo, entre algunas placas rocosas. Inmediatamente detrás de la estrecha entrada se abre un inmenso laberinto de altas salas y corredores rectos y anchos, de los cuales se desprenden regularmente cámaras a ambos lados. El alto techo, que la escasa luz de nuestras linternas no alcanza a iluminar, está sostenido por fuertes postes que se estrechan hacia la mitad. El suelo plano, como apisonado, cubierto con una fina arena blanca; la piedra, una arenisca amarillenta, recubierta de manera similar a las estalactitas con una capa blanca y amarilla, en parte lisa como un espejo y en parte con innumerables hoyos y hoyitos. Visitamos distintos corredores y salones, pero con nuestra escasa luz no llegamos ni cerca del final. Por doquier se oye en la oscuridad un zumbido inquietante: son miles de grandes murciélagos que parecen ser los únicos habitantes de estos palacios.

¡De hecho los indígenas tienen razón! Son «casas de piedra» pero no construidas por las débiles manos humanas. ¡La poderosa naturaleza ha sido el maestro de obras! ¡Cuántos siglos habrán transcurrido para que las inundaciones excavaran estas cavidades en la piedra arenisca y crearan este inmenso laberinto que parece ser se extiende con varias entradas debajo de toda la altiplanicie, y cuántos siglos se deben haber necesitado para culminar esta gigantesca obra.!

El 12 de diciembre iniciamos el viaje de regreso y llegamos sanos y salvos a São Felipe el 1 de enero de 1905, después de un viaje vertiginoso y peligroso por los innumerables rápidos. Les será posible hacerse una idea de este pavoroso viaje si les cuento que recorrimos en cinco días un largo trecho lleno de rápidos que casi no logramos cubrir a la ida en 14 días y con un inmenso esfuerzo. El río había adquirido otro aspecto y había retrocedido notablemente, ya que estábamos en la mitad de un

verano muy fuerte. Algunos lugares como la peligrosa Cachivera Tapiíra, en cuyos bloques de piedra amontonados ven los indígenas una cabeza de tapir, se habían vuelto muy tranquilos. Otros sitios por los cuales escasamente habíamos logrado pasar con el nivel de aguas alto, estaban ahora repletos de salientes rocosas.

No temíamos por nuestra vida —nos habíamos acostumbrado ya al peligro constante— sino por la valiosa carga, fruto de viajes largos y difíciles, que contenía entre otros más de cien vestidos pintados con máscaras para danza, elaborados en corteza de árbol, piezas de inmenso valor etnológico que se habrían estropeado irremediablemente con la más mínima humedad.

En São Felipe me esperaban malas noticias. Durante mi ausencia el asentamiento se había incendiado y mi equipaje que estaba allí almacenado, en espera de mi último viaje, había sido pasto de las llamas. Afortunadamente la casa en la que yo había guardado mis papeles, diarios, vocabularios, etc. se había salvado del desastre de manera que no tuve que lamentar pérdidas irremediables.

Así que podía estar plenamente satisfecho de los viajes realizados. La larga convivencia con mis morenos amigos que viven en su gran mayoría apartados de la así llamada cultura europea, de acuerdo a sus antiguas costumbres, me deparó cosas muy interesantes y materiales muy valiosos para mi estudio. Los variados panoramas y el maravilloso romanticismo que la naturaleza ha derramado tan pródigamente sobre este río envuelto en leyendas, contribuyen a convertir este viaje en una experiencia verdaderamente inolvidable para aquel que no ha perdido todavía la sensibilidad frente a la naturaleza y sus bellezas, de manera que los continuos peligros y fatigas se olvidan con facilidad.

Ya podía finalmente llevar a cabo el plan que tenía en mente desde mi segundo viaje: llegar por el río Yapurá dando amplios rodeos y por regiones desconocidas a la civilización europea y encontrar así la conexión con la patria. El 6 de febrero de este año me despedí definitivamente de São Felipe. Con mi servidor y algunos indígenas remonté de nuevo el Tiquié hasta llegar al sendero indígena que ya había alcanzado en mi segundo viaje (mayo de 1904) y allí con la ayuda de los numerosos indígenas logré pasar con la canoa y el equipaje la corta divisoria de aguas hasta un arroyo de la selva, el Igarapé Yauakáka, que según los indígenas lleva sus aguas al Yapurá. Empezó entonces la parte difícil de ese «viaje a la patria». El arroyo no alcanzaba a estar 50 metros libre de obstáculos. A cada rato teníamos que trepar sobre poderosos árboles derribados, mientras los indígenas arrastraban con todas sus fuerzas la pesada canoa sobre ellos. Nos teníamos que tender también sobre la canoa cuando había que pasar a toda velocidad cerca de la gruesa rama de un árbol. De pronto el riachuelo parecía acabarse y se hacía necesario cortar grandes cantidades de gigantes de la selva con un ingente esfuerzo de varias horas para hallar

una salida. Después de cuatro días de viaje el arroyo se tornó finalmente más navegable y encontramos a los primeros indígenas, quienes nos recibieron con hospitalidad. Nunca antes habían llegado blancos hasta aquí. Visitamos algunos poblados de estos grupos aún vírgenes y el 15 de mayo entramos a un río más grande, el Pirá-Paraná, en uno de cuyos terribles rápidos perdimos al día siguiente una gran cantidad de sal entre otras cosas. Mis fieles indígenas del Tiquí regresaron con muy buena paga por otro camino a su casa. No quisieron acompañarme por miedo a los grupos de abajo con quienes se mantenían en guerra desde hacía mucho tiempo. Decidí entonces continuar el viaje con mi servidor en mi canoa grande un poco a la deriva, ya que había recibido de mis indígenas indicaciones poco precisas sobre la duración del viaje hasta el Yapurá que ellos mismos sólo conocían de oídas y que oscilaban entre 4 y 14 días. Se suponía que en la desembocadura del Pirá-Paraná encontraríamos de nuevo indígenas.

El río corría permanentemente entre altas y escarpadas orillas y al contrario de las aguas blanquecinas del Igarapé Yauakáka sus aguas eran negras. En los días siguientes atravesamos varios peligrosos rápidos y tuvimos que transportar a ratos el pesado equipaje por tierra. El 21 de marzo llegamos al Apaporis, el mayor afluente del Yapurá por la margen izquierda, pero no encontramos a los prometidos indígenas que de hecho vivían a dos días más de viaje, río arriba.

Habíamos renunciado a cazar para no asustar a los eventuales indígenas con los disparos. Unas pocas sardinas en aceite, sin ningún condimento, constituían nuestra frugal alimentación. Se sentía cada vez más la escasez de sal y de cereales y nuestras fuerzas disminuían rápidamente a causa de la mala alimentación y el pesado trabajo que nos exigía la travesía de los continuos rápidos, al que no estábamos acostumbrados. Finalmente el 23 de marzo, cuando nuestra situación empezaba a ser realmente crítica, encontramos una canoa con un cauchero colombiano y algunos indígenas del nacimiento del Apaporis y poco después a los primeros indígenas sedentarios. Estos indígenas eran buenos hombres y fueron amigos míos a pesar de su apariencia salvaje y sus armas mortales, flechas y lanzas envenenadas con curare, al igual que todos los otros llamados «salvajes» entre los cuales viví durante estos dos años. Tuve una interesante estadía, marcada por la novedad, en sus casas comunales limpias y redondas, ya que toda su cultura y su estilo de vida difieren bastante del de los grupos del Uaupés. Estos indígenas nos ayudaron a cruzar el último rápido del Apaporis y el 16 de abril entramos al río Yapurá ya de considerable anchura. El río causó una gran impresión en nosotros que habíamos durado viajando durante tres meses por ríos angostos y arroyuelos. Sus tramos infinitamente largos hacia el oriente, que permiten ver el horizonte despejado, despiertan la nostalgia por el mar y por la patria lejana que está detrás, pero a la vez producen una gran fatiga cuando hay que remar por ellos bajo el ardiente sol de mediodía. La travesía por el ancho río, ocupado por innumerables islas que permiten ver muy

pocas veces ambas orillas, es muy peligrosa para canoas pequeñas a causa de las súbitas tempestades que se presentan con frecuencia.

El Yapurá es un río rico: las orillas están llenas de animales de caza, las aguas de peces y tortugas tartaruga, los bosques de árboles de caucho, la riqueza del Amazonas. No faltan los viveres y el dinero está, como se dice, «en la calle», pero faltan manos humanas para aprovechar toda esta riqueza. Da tristeza cuando en ciertos trayectos de doce horas de viaje se pasa por 20 o 30 viviendas abandonadas y cuando se oye contar que hasta hace unos pocos años reinaba un intenso tráfico, mientras que hoy en día hay que viajar días enteros para llegar de un exigu asentamiento al otro. Esta desolación obedece exclusivamente a la escasez de medios de transporte adecuados que permitan llevar al mercado los tesoros obtenidos mediante un trabajo tan penoso. La navegación es igual a cero. Los recolectores de caucho, antes tan numerosos, se han retirado a buscar suerte en ríos mejor atendidos como el Purús, Juruá, Javary entre otros y la selva retoma sus antiguos derechos.

No dormimos nunca en la margen izquierda porque mis indígenas tenían mucho miedo de los indómitos Guariua, indígenas «mono araguato», que habitaban en número considerable los afluentes por la margen izquierda y que jamás habían sido visitados por blancos. A ratos salen de sus escondites para saltar los asentamientos de la orilla derecha. En los últimos años han matado blancos en varios lugares e incendiado y robado casas. En febrero de este año una banda grande de estos indígenas asaltó a plena luz del día el asentamiento de Altamira y sólo como por un milagro los habitantes lograron escapar a sus flechas asesinas envenenadas. La reciprocidad desempeña aquí naturalmente un gran papel.

El 24 de abril encontramos finalmente un pequeño vapor que ante los ojos de nuestros indígenas aparecía como un monstruo de otro mundo. El 28 de abril llegamos a la pequeña ciudad de Tefé, situada en la desembocadura del río Tefé en el Amazonas, y allí cogimos un vapor más grande con el cual llegamos felizmente a Manaos el 4 de mayo.

Sería demasiado largo presentar aquí una descripción detallada de todos los grupos indígenas que visité. La población del Uaupés y de las cuencas limítrofes es muy numerosa y se divide en una gran cantidad de tribus que pertenecen a distintos grupos lingüísticos. Me limitaré pues a algunas breves consideraciones sobre su vida y sus costumbres.

Cada pueblo de los indígenas sedentarios se compone de una inmensa y bien construida casa colectiva que como la de los indígenas Tukáno del río Tiquí tiene 28 metros de largo, una altura de 10 metros y un ancho de 21 metros. El sólido techo se construye con varias capas de hojas de palmera colocadas unas encima de otras en forma de tablilla. Los poderosos postes y los travesaños se sostienen entre sí atados con bejuco, sin ningún tipo de clavo. La fachada está cubierta por lo general hasta más allá de la altura de

un hombre con trozos de corteza de árbol que con frecuencia llevan diseños pintados a color. No es posible dejar de admirar esta construcción que ofrece una protección tan eficiente contra el viento y los temporales.

El interior de estas casas se mantiene muy aseado, el suelo apisonado se barre todos los días ya que la limpieza es una de las características principales de estos indígenas. Los postes bajos colocados a lo largo de los corredores laterales de la casa delimitan el espacio de las diferentes familias. Cincuenta personas y más conviven juntas, en armonía, en una de estas casas y nunca se oyen gritos ni peleas; ya podrían muchos europeos adoptar como modelo las buenas costumbres de estos salvajes.

Cuando alguien llega como huésped a una casa se sitúa en la entrada y emite un ¡hō-----! hasta que el anfitrión se acerca y saluda al recién llegado, otorgándole a la vez el permiso para quedarse. El saludo y la respuesta son muy sencillos: «¿Tú llegas, mi hermano?», pregunta el anfitrión, «Yo llego, hermano mío», contesta el huésped. Acto seguido tiene lugar una conversación rápida, en tono uniforme e inacabablemente larga, durante la cual los interlocutores eluden por lo general mirarse. Se intercambian las novedades. Este saludo tiene lugar entre cada habitante de la casa y cada huésped, de manera que el aburrido ceremonial de bienvenida suele tardar hasta media hora. Después de los hombres siguen las mujeres. Finalmente es posible sentarse en los banquitos y las mujeres traen cazabe en grandes cestos y ollas con pescado cocido y condimentado con mucho ají.

Después de que se han recobrado las fuerzas viene la parte agradable. El gran cigarro, una especie de pipa de la paz, que se coloca por su tamaño en un tenedor de madera hermosamente tallado, circula entre los hombres. Entre los grupos meridionales se ofrece además en estas oportunidades polvo de tabaco y coca. El recipiente de calabazo del cual se inhala la coca con un hueso de garza, muestra un notable parecido con los mismos utensilios que se encuentran en las tumbas peruanas antiguas.

La alimentación se obtiene en primera instancia de la yuca brava preparada de diferentes maneras. Las mujeres rallan las raíces de la yuca, que ha sido cultivada en grandes plantaciones, en maderos en los que se han incrustado piedritas puntiagudas, formando diseños de muy buen gusto.

La masa blanquecina se libera del jugo venenoso mediante un elástico tubo tejido o un fino colador y se hornea después en la cocina, que es común para toda la casa colectiva, en tortillas grandes y delgadas, el alimento indispensable de los indígenas. La comida de origen animal consta en lo fundamental de pescado que se obtiene disparando desde las canoas con arco y flecha o utilizando trampas, nasas, redes y grandes armazones que se colocan en los rápidos cuando grandes bancos de peces nadan río arriba durante la creciente de las aguas.

La larga cerbatana y las flechitas de madera dura de palma, envenenadas con curare, que se colocan en aljabas con bellos diseños para la protección del cazador, se utilizan para cazar pájaros de gran tamaño como el mutum, el inambú, una especie de perdiz y otros. Al disparar, el tirador sostiene por lo general la aljaba entre las piernas para poder sacar las flechitas mortales con facilidad. Las tribus meridionales suelen utilizar arcos con grandes flechas envenenadas y lanzas también envenenadas para la cacería de grandes cuadrúpedos como dantas, cerdos salvajes, venados y otros. Las lanzas y los escudos elaborados con varias capas de piel de danta se utilizan también en las frecuentes querellas que se presentan entre los grupos.

El juego y la danza desempeñan un gran papel en la vida de estos sosegados hijos de la naturaleza. Existe una gran predilección por el juego de pelota. Las pelotas se hacen con el amero del maíz, la parte final de estos se utiliza en manajo para darles la alineación, al igual que las plumas en las nuestras. Los jugadores forman un círculo; la pelota, que se golpea con la palma de la mano, no debe tocar la tierra al igual que en el tenis. Es un juego muy entretenido en el que se puede admirar la asombrosa agilidad de los indígenas y el maravilloso juego de los músculos de sus hermosos cuerpos desnudos.

La pieza más interesante y valiosa de mi colección es un tambor de señales que obtuve de los Tukáno del río Tiquié, una especie de teléfono inalámbrico. Este tambor se obtiene con gran arte tallando un tronco gigantesco: tiene 1.87 metros de largo, 2.15 metros de diámetro, cuatro aberturas acústicas circulares unidas entre sí por una estrecha ranura y es muy pesado. Descansa en cojines de corteza de árbol, moviéndose sobre dos bandas tejidas en bejuco que van atadas a cuatro postes. El tambor se toca con dos palillos de madera envueltos en caucho. El sonido se oye bien lejos durante la noche, como tuve ocasión de comprobar. Variando los tonos, los indígenas pueden sostener conversaciones enteras con miembros del grupo que viven lejos e invitarlos a fiestas y deliberaciones. También durante los bailes se toca este tambor para acompañar a las flautas.

Las danzas son muy variadas, sobretudo entre los Kobéua muy amantes del baile, con quienes conviví más tiempo. En algunas ocasiones son diversiones inofensivas, en otras se revisten de seriedad. En ciertas danzas los participantes llevan delante de sí, atadas a cordones, lagartijas elaboradas en corteza de árbol o figuras de pájaros talladas en madera y se mueven de aquí para allá con el usual y rápido paso de danza indígena a la vez que cantan. En otras danzas los bailarines llevan sobre la cabeza un sombrero tejido con palitos y bejucos y adornado con plumas de colores que les tapa gran parte del rostro, y en la mano las maracas con las que acentúan el compás de la danza. Peines finamente elaborados constituyen uno de los adornos preferidos en los bailes; se colocan en la parte de atrás de la cabeza y de sus extremos penden largos colgandijos de

plumas. Para marcar el compás se utilizan bastones de madera ambaúva, pintados con hermosos motivos a color, que se elaboran ahuecando la madera con fuego. Las mujeres participan en algunas danzas, colocan su mano derecha sobre los hombros del bailarín y acompañan el rítmico canto de los hombres con gritos agudos y prolongados. Llevan a los niños cogidos de la otra mano y a los más pequeños los cargan sobre sus caderas. Al final de cada baile los más jóvenes ofrecen a todos los participantes una bebida ligeramente alcohólica, elaborada de mandioca, maíz o frutos de palmas para renovar el espíritu vital.

Durante las grandes festividades tanto hombres como mujeres se pintan con tinturas vegetales hermosos diseños sobre todo el cuerpo. La cabeza de los hombres va adornada con un complicado tocado de plumas de arara, de garza blanca y de otras plumas. Alrededor del cuello cuelga el famoso adorno de piedra de los indígenas del Uaupés, un cilindro de cuarzo, en cuya perforación y elaboración trabajan los indígenas a veces hasta un año y que por lo mismo constituye su mayor riqueza. Las caderas van adornadas con un hermoso cinturón de dientes de jaguar del que cuelga adelante un faldellín de corteza de árbol pintado con diseños a color. Se colocan bandas finamente tejidas en fibras de palma en las piernas y en el brazo izquierdo bandas de cuerdas de pelo de mono y plumas. En la mano derecha se lleva la inevitable maraca que también se coloca a veces en el pie derecho, atada al tobillo.

Esta danza en círculo en la que participan las mujeres jóvenes y las muchachas desnudas, con excepción de las falditas de cuentas de cristal y las bandas de las rodillas, constituye un hermoso espectáculo. Empieza despacio y paulatinamente adquiere una mayor rapidez hasta alcanzar un salvaje *fortísimo*; el suelo retumba con el fuerte pisoteo. Es un placer contemplar estas figuras vistosas y pletóricas de fuerza con sus coloridos adornos que la oscilante luz de las antorchas —sólo se baila de noche— resalta aún más. El canto es rápido, un canto grave, nada monótono, quisiera decir guerrero.

En la gran fiesta de los muertos de los Kobéua, que se realiza cada 10 o 15 años, se desentierran y queman los huesos de los muertos y se ingieren convertidos en fina ceniza con el *kaschiri*, la bebida festiva. En esta ocasión los bailarines llevan largas tiras de corteza de árbol alrededor del cuello, mazas debajo del brazo y tubos de madera a los que van unidos peces tallados en madera y de los cuales se extraen tonos tristes y sordos.

Pero las danzas más interesantes de los Kobéua son sin lugar a dudas las danzas con máscaras, sobre las cuales hablé extensamente en el congreso de antropología de Salzburgo (agosto de 1905). Sólo se llevan a cabo cuando alguien muere y son ejecutadas exclusivamente por los hombres, pero en presencia de las mujeres y los niños. Los trajes con máscaras, elaborados en corteza blanca de árbol y decorados con diseños a color, representan varios demonios que se materializan temporalmente en la

máscara y por lo tanto en el bailarín. Algunos son espíritus de animales, otros tienen forma humana, gigantes y enanos, que se distinguen por rasgos específicos en la forma y en la pintura de sus máscaras, así como por las características de sus por lo general fatales actividades. Los bailarines imitan con fidelidad los movimientos de los respectivos animales.

Entre los resultados de mis dos años de viaje hay que destacar la exploración de una gran región en parte poco conocida y en parte totalmente desconocida, del curso de algunos ríos y de la estrecha relación existente entre las cuencas del Orinoco y el Guaviare, el río Negro y el Yapurá que se pudo comprobar en varios puntos y que permite extraer conclusiones certeras sobre las migraciones de los grupos indígenas.

Permanecí varios meses entre un solo grupo, viviendo no sólo entre los indígenas sino también con ellos, y como empecé a dominar paulatinamente varias lenguas que me permitían entenderme con ellos, pude escudriñar a profundidad su vida, sus actividades y sus concepciones espirituales. un rico material lingüístico que abarca más de cuarenta lenguas, la mitad de ellas desconocidas hasta ahora, permite agrupar correctamente a estos grupos. Más de 1.000 fotografías ofrecen un fiel testimonio de la espléndida naturaleza, de su belleza y de su horror, de la vida de la expedición, de los tipos físicos de los diferentes grupos, de las labores de los indígenas en la casa y en el campo y de sus juegos y danzas.

Mi gran colección que contiene muchos objetos etnográficos nuevos, entre ellos ciento treinta máscaras y el poderoso tambor de señales, se encuentran en el Real Museo de Etnología de Berlín. Le regalé al Real Museo Botánico de Berlín una pequeña colección botánica con varias orquídeas nuevas. Doné las muestras de piedra provenientes de todas las regiones visitadas al Real Museo de Ciencias Naturales y serán clasificadas allí junto con las piedras traídas por el señor profesor Dr. Passarge de la Guayana.

Bibliografía

- KOCH-GRÜNBERG, Theodor. 1906 «Bericht über seine Reise am oberen río Negro und Yapurá in den Jahren 1903-1905». En: Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin. 1906. 80-101 +Karte
- KOCH-GRÜNBERG, Theodor. «Zwei Jahre unter den Indianern. Reisen in Nordwest - Brasilien 1903-1905.» Graz-Austria, Akademische Druck- u. Verlagsanstalt, 1967.
- KOCH-GRÜNBERG, Theodor. 1995. Dos años entre los indios. Bogotá, Universidad Nacional.
- ORTIZ, María Mercedes. Caminando selva. Vida y obra del etnólogo alemán Theodor Koch-Gründberg [1872-1924]. Universitas Humanistica, pp. 74-86, V. 24, No. 41, enero 1995.